

# LA MODERNIDAD COMO BUSQUEDA EN LA NARRATIVA VASCA

Felipe Juaristi

---

---

RIEV. Revista Internacional de los Estudios Vascos  
Año 42. Tomo XXXIX. N.º 1 (1994), p. 41-52  
ISSN 0212-7016  
Donostia: Eusko Ikaskuntza

La impresión del autor es que la literatura vasca, en pocos años, ha dado el mismo salto, cualitativo y cuantitativo, que otros idiomas durante siglos. Significa que se ha pasado de una cultura eminentemente rural a una cultura urbana y moderna. La poesía, la narrativa escritas en euskara, han conseguido una calidad, impensable hace años, comparable a la de las literaturas vecinas. Y ha surgido, sobre todo, un grupo de escritores que viven la literatura como oficio, con todo lo que ello acarrea, teniendo en cuenta que el euskara es minoritario en el propio país, y que los lectores en euskara no son legión. ¡Pero todo se andará!

Autorearen ustetan, euskal literaturak urte gutxi batzuetan beste zenbait hizkuntzak mendetan egindako jauzi kualitatibo eta kuantitatibo bera burutu du. Esan nahi baita gehienbat nekazari-kultura batetik hiriko kultura modernora iragan dela. Euskaraz idatzitako poesiak eta narrazioak duela zenbait urte ezin pentsatzeko kalitatea iritsi dute, auzo literaturetan ematen denaren antzekoa. Eta, batez ere, literatura lanbidetzat hartu duten idazle multzo bat agertu da, horrek dakarren guztiarekin, kontuan harturik Euskal Herrian berean euskara minoritarioa dela eta beraren irakurleen kopuru murrizta. Baina hori ere zuzenduko dugu!

The author's impression is that Basque literature has taken the same qualitative and quantitative step as other languages have done over the centuries. This means that it has gone from an eminently rural culture to a modern and urban culture. Poetry, and stories written in Basque, have achieved a quality unthinkable some years ago, and are now comparable to that of neighbouring literatures. Above all, a group of authors have emerged who live literature as a profession, with all that this conveys, taking into account the fact that the Basque language is a minority within its own country, and that the numbers of Basque readers are not great. But everything comes to him who.

En el contexto de las letras europeas, la literatura vasca (en este estudio significaremos con tal termino la literatura escrita en el idioma autóctono, o sea, euskara) llega muy tarde. No es objeto de estas líneas estudiar y analizar las razones históricas y sociales que han impedido el desarrollo de la lengua vasca, o su florecimiento como lengua literaria, a la par que las dos lenguas romances fronterizas a ella, como son el castellano y el francés. Cabe, sin embargo, mencionar aquí algunos datos fundamentales.

Es en 1545 cuando se imprime el primer libro escrito en lengua vasca, un pequeño libro de poemas escrito por un simpático clérigo llamado Bernard d'Ettxepare. En 1571 se publica en La Rochelle la traducción vasca del Nuevo Testamento, realizada por Joannes de Leizarraga, a instancias de Juana Albret, Reina de Navarra, adscrita al movimiento reformador encabezado por Calvino. En el siglo XVII existió, momentáneamente, una literatura culta, aunque de contenido religioso, en torno a lo que se llamó Escuela de Sara. Axular, Joannes Ettxeberri fueron los escritores más destacados, en un ambiente defensor de la ortodoxia católica preconizada por el Concilio de Trento.

A pesar de que en el siglo XVIII se publican algunos tratados ascéticos o algunos libros ejemplarizadores de la doctrina cristiana, no es hasta el siglo XIX, en opinión de algunos autores, y hasta el siglo XX, en opinión de otros, que se puede hablar de literatura no sujeta a dictámenes o intereses exclusivamente religiosos,

La existencia de una fuerte tradición oral, reflejo del folklore, asimismo rico y variado, consecuencia de las estructuras económicas agrarias, o no demasiado industrializadas, ha hecho pensar a algunos observadores modernos que los vascos hemos sido durante siglos seres felices, alejados del sonido y de la furia de las imprentas, estancados en un tiempo idílico, atrasados, en definitiva, respecto a los grupos humanos que fueron configurando en la Península o en Francia, una cultura escrita moderna y poderosa. Simples espejismos. Hoy en día, a raíz de las últimas investigaciones ( las de Carlos Martínez Gorriarán, Mikel Azurmendi, Jon Juaristi, etc...) se sabe que fueron razones ideológicas, sobre todo, los que impidieron el desarrollo de una cultura escrita moderna en lengua vasca. En la introducción a la magnífica (no hay otro adjetivo para definir dicho trabajo) traducción de la obra de Herman Melville, *Bartleby, the scrivener*, que realizó en 1991 el escritor Juan Garzia Garmendia, el propio traductor, con su habitual ironía, señala que Agirre de Asteasu y Herman Melville fueron contemporáneos. El primero publicó en 1850 sus *Erakusaldiak*, sermones destinados a ser leídos, con voz firme y en tono fogoso, desde el púlpito, para hacer rectificar, en la medida de lo posible, de su vida pecaminosa a los campesinos que acudían a su parroquia. *Bartleby* fue publicado en 1856. ¿Dos culturas, dos manifestaciones literarias?

Creo, modestamente, que es algo más complicado que todo eso. No es que la modernidad haya llegado muy tarde a nosotros; sino que las élites ilustradas del país que la impulsaron en su momento (las mismas que se carteaban con Rousseau, estaban suscritas a la Enciclopedia Francesa y, además, fundaron el Real Seminario de Bergara), lo hicieron desde la perspectiva de que era el castellano, no el vasco, la lengua destinada a la difusión de las ideas y, por supuesto, de la literatura. El fracaso de dichos impulsos modernizadores provocó un marasmo de tal envergadura en el país que aún hoy, un par de siglos más tarde, se escuchan los ecos. Por supuesto, la reivindicación del idioma vasco fue a partir de entonces una de las armas con las que la reacción a toda idea liberal utilizó para combatir y desbancar a las élites culturales, que también lo eran económicas, de su lugar de privilegio. Es curioso destacar que las élites culturales del país, hasta la irrupción con fuerza del nacionalismo en el terreno político, han fomentado el castellano. La paradoja de los Caballeritos de Azkoitia, ilustrados y vascohablantes, pero castellanos en sus escritos, enfrentados a los sectores más conservadores, vascoescribientes, a veces por conveniencia, se volverá a repetir, en circunstancias bien diferentes, en Bilbao mucho más tarde. Cambiarán los protagonistas: Unamuno por un lado, Sabino Arana, por otro. *“De aquellas lluvias quedaron estos lodos”*, como dice el refrán, castellano.

La historia vasca entró, inmediatamente después, en su fase más sangrienta, sumida en constantes conflictos y guerras civiles (no otra cosa fueron las guerras carlistas) y hubo que pasar tiempo hasta que existiera una idea clara de lo que significaba la modernidad.

## 2

El concepto de modernidad está establecido por la distancia insalvable que separa el mundo oral del mundo literario. El paso de la oralidad a la escritura significa un cambio completo en la visión del mundo, en la organización mental y en el modo de funcionamiento de la memoria. Cambia asimismo la postura psicológica del destinatario de la literatura, de oyente pasa a ser lector. Por ejemplo: antiguamente, cuando se oía a un rapsoda pronunciar en un verso de Homero, las palabras *“los mares color de vino”*, el espíritu del auditorio lo aceptaba instantáneamente y de manera natural, y quedaba preparado para el verso siguiente. Mas imaginamos que, cuando se leyó por primera vez en el libro de Góngora el verso en el cual el viento *“hace que se deslicen en la cabellera de las aguas del mar cortinas de jade”*: el lector sintió la necesidad de detenerse para comprender bien y seguir hasta el final las huellas del poema.

La cultura vasca ha sido, sigue siendo en gran medida, una cultura asentada sobre la oralidad (de ahí el éxito y el auge, aún hoy en día, de los *bertsolaris*, continuadores de dicha cultura), en radical oposición a la configuración del mundo que impone la escritura. Como muy bien expresa Walter J. Ong en un libro titulado *Orality and Literacy*, en la cultura oral el pensamiento descansa en una memoria repleta de formulas, palabras y frases hechas, procede más por adición que por subordinación, es redundante y copioso, mecánico y cercano, conservador y tradicionalista, asimila toda la experiencia al contexto vital inmediato y destaca por el carácter agonístico y público (características del *bertsolarismo*) frente al mundo interiorizado, individual, pausado, reflexivo y privado de la escritura.

Pongamos un ejemplo, aunque pequemos de parecer un poco ridículos, pero ¡ ay de quien se vuelva mudo alguna vez en su vida, por no parecer ridículo ! La siguiente estrofa pertenece a Xenpelar, esa gran figura de la cultura popular que se atrevió a desafiar al mismísimo Iparragirre, dotado, éste último, de una gran cultura, así como de suficiente sensibilidad pára captar las melodías y las formas habladas populares:

*Gu gera iru probintzi,  
lengo legerik ez utzi,  
oieri firme eutsi,  
naiz anka bana autsi;  
jayoko dira berriyak,  
gu gara euskal erriyak!*

Que traducidos al castellano prosaico más o menos dirían lo siguiente:

*"Somos tres provincias, no abandonéis las leyes de antes; mantenerlas firmes, aunque os vayan a romper a cada uno una pierna; nacerán nuevas, nosotros somos los países vascos!"*

Es imposible mantener dicho ritmo estrófico en la literatura escrita, que utiliza para su expresión otras formas, otros modos. Pero la influencia de esa expresión oral y popular será enorme en el desarrollo de la moderna literatura vasca.

La narrativa vasca entra en la modernidad a finales del siglo XIX y su desarrollo, unido al del nacionalismo, será bastante normal hasta la guerra civil, aunque predominen novelas de carácter costumbrista o histórico, cuando no el cuento breve, la fábula moral, el relato periodístico. El representante más destacado es Domingo Agirre, sacerdote, que publicó tres novelas tituladas *Auñamendiko Lorea (Flor del Pirineo)*, *Kresala (Agua de mar)* y *Garoa (El helecho)*, además de varios cuentos.

Es a partir de la guerra civil, en pleno régimen franquista, cuando irrumpe con fuerza la literatura escrita en euskara. Todos, o casi todos, los estudiosos de la literatura vasca, incluido Ibon Sarasola, autor de una Historia Social de la Literatura Vasca, destacan el año de 1964 como una de las fechas claves en el Renacimiento literario vasco. Porque hace treinta años se publicó una obra capital de la literatura vasca. Su autor se llamaba Gabriel Aresti, era poeta y de Bilbao. La obra *Harri eta Herri, (Piedra y Pueblo)*. ¿Pero qué pasa con la prosa, o mejor dicho con la narrativa?

### 3

Hay gente, especialistas, que se empeñan en sostener que la narrativa corta de un país representa la adolescencia de su literatura y, desde luego, que la novela supondría su madurez, su edad adulta o, digámoslo así, el fruto de largas temporadas de búsquedas estéticas desembocando al final en el cauce épico de un gran desenvolvimiento artístico. Son las tesis que más a menudo hemos oído en los últimos años, a partir, sobre todo, de la publicación de *Obabakoak* de Bernardo Atxaga, el libro más famoso y emblemático de la moderna literatura vasca, merecedor del Premio nacional de Literatura en el año 1989, pero que, para tristeza de los estudiosos, no se trata de una novela. Los estudiosos quisieran una obra grande, suntuosa, global, como la de Musil, cuando está del todo claro, hasta para críticos como Claudio Magris, que todo aquello se lo llevó el viento, y que a cada instante histórico corresponde un cierto tipo de novela y, a la vez, una concreta literatura. Porque cada instante histórico impone su propia concepción de la realidad. La discusión sobre si *Obabakoak* es o no es una novela parece irrelevante. Habría que replantear, en todo caso, el concepto de novela.

Sería necesario recordar que la novela como género literario apareció tarde en casi todos los países, que la poesía llegó antes. Digo la novela como género literario y tengo en cuenta el hecho histórico de que, además de su existencia individual, subrayada por personalidades como Cervantes, la novela vivió su primera edad dentro de otras formas literarias, por ejemplo, dentro de las epopeyas. Y que la novela *Jaques el Fatalista* de Diderot, podía haber pasado perfectamente como un tratado filosófico.

Soy de la convicción de que no todos los que escriben cuentos o relatos, más o menos largos, son capaces de escribir una novela; ni que los novelistas de vocación, con cualidades para ello, lo son para escribir algún relato en su vida. En la literatura vasca moderna es bastante frecuente el trasvase de un escritor de un género a otro a lo largo de su carrera. Casi ningún escritor está incluido dentro de un determinado género literario. Bernardo Atxaga comenzó publicando *Etiopia*, un libro en el que se entremezclan la poesía y el relato. Joseba Sarrionandia y Koldo Izagirre se dieron a conocer a través de sus poemas. Jon Mirande es más conocido como poeta que como novelista o narrador. El primer libro de Andu Lertxundi recoge un conjunto de cuentos. Joxe Austin Arrieta es además de novelista, poeta y traductor. Arantza Urretibazkaia también ha publicado dos libros de cuentos. José Mari Iturralde ha publicado una novela y varios libros de cuentos. Karlos Linazasoro, además, de poeta es un gran narrador, pero no ha publicado ninguna novela. Pako Aristi alterna la novela con el cuento. En algún momento de su vida también lo han hecho José Luis Álvarez Enparantza, Ramón Saizarbitoria o Juan Mari Irigoien, que ha publicado asimismo dos libros de poemas. Juan Garzia, Xabier Mendiguren, Mikel Hernández Abaitua e Inazio Mujika no han publicado, todavía, ninguna novela, aunque los dos últimos sí se hayan dedicado a la poesía. Y Juan Luis Zabala ha escrito poesía, novela y también relatos cortos. Esas son algunas de las curiosidades de la literatura vasca, en lo que compete a sus escritores.

Tampoco suscribo la idea, tan extendida por otra parte, de que el relato corto es el hermano menor de la novela, por que sería lo mismo que afirmar que un perro pequinés cuando crezca será del tamaño de un bulldog. El relato es un género autónomo y limitado en sí que nada tiene que ver con la novela. Y un buen escritor de relatos no tiene que ser necesariamente un buen novelista.

Las gentes que se han dedicado a recoger *in situ* los restos de la antigua tradición oral que han ido quedando a flote, como islas en un mar cada vez más enrarecido y extraño, en lugares cada vez más alejados del mundo moderno han quedado sorprendidas de la facultad que tienen los vascos para decir, contar o narrar cosas. Una facultad que ha persistido, y persiste, a lo largo de generaciones, convertida por ello casi en característica peculiar. Apoyándose en esta característica, algunos escritores sostienen en privado que la nota fundamental de nuestro ser literario es la de narrador.

El caso es que hemos producido en los últimos tiempos pocas novelas, pero siempre hemos contado una buena cantidad de narraciones cortas y un sinfín de cuentos destinados al público infantil. Fue Andu Lertxundi el primer autor en publicar un libro de cuentos no destinado al público infantil, sino al adulto, que además mantuviera una unidad literaria en la temática como en la forma. Con *Hunik arrats artean (De aquí a la tarde)* comenzó su andadura literaria Andu Lertxundi, una de las figuras más representativas de la moderna literatura vasca y, quizá, el mejor novelista vasco de la actualidad. Gabriel Aresti y Jon Mirande también escribieron relatos y cuentos, que fueron compilados y publicados posteriormente, pero nunca hubo en su mente una intención clara de publicarlos en vida.

La literatura vasca goza de buena salud; es evidente que nunca antes, en toda su larga pero asimismo casi anodina historia, había logrado la consideración y el prestigio de hoy en día, no sólo dentro de los límites lingüísticos propios, sino, también, fuera de ellos. El fenómeno, nuevo en sí, es sorprendente, teniendo en cuenta que el euskara sigue siendo una lengua minoritaria, aún en los propios confines territoriales del propio país. Se pueden conjeturar varias razones que sirvan para explicar la magnitud de dicho fenómeno. En primer lugar habría que señalar la aparición de diversos grupos de escritores, reunidos comúnmente en círculos de diversa clase e índole, y unidos por una sensibilidad artística y literaria común,

dispuestos a llevar adelante sus proyectos, en forma de revistas normalmente. El más famoso de todos ellos, aunque no el único, fue el grupo *Pott*, formado por los escritores Bernardo Atxaga, Joseba Sarrionandia, Manu Ertzila, Josemari Iturralde, Jon Juaristi, además del cantante Ruper Ordorika. Todos ellos, con el inevitable paso del tiempo, tomaron cada cual su propio camino, sin ninguna posibilidad de vuelta atrás, aunque sí, siguiendo el ejemplo borjesiano, de bifurcarse. La influencia del grupo, ha sido enorme, hasta el punto que ha configurado en las letras vascas, al menos en la primera década de los ochenta toda una visión de la literatura, moderna, universal, pero sin olvidar las propias raíces, esto es, la tradición atesorada durante siglos, así como un modo especial de mirar el propio hecho de escribir. El más importante de ellos, desde el punto de vista exclusivista de la literatura escrita en euskara, es, por supuesto, Bernardo Atxaga, porque Jon Juaristi dejó de lado, bien pronto, dicho idioma y se sumergió en las aguas más procelosas del español, con gran éxito, por cierto.

Es necesario también señalar, para poder ir entendiendo el desarrollo de la literatura vasca en los últimos tiempos, que a finales de los años setenta, aparece un nuevo tipo de lector, joven y alfabetizado mayormente en las ikastolas, y ávido de lecturas que respondieran a la sensibilidad que iba configurándose aquí como en todas partes. Fue el propio Bernardo Atxaga quien vino, con la publicación del libro *Etiopia* (1978), y con los cuentos “Joxe Franzisko”, “Drink Dr. Pepper”, “Camilo Lizardi”, “Post tenebras spero lucem”, a colmar las expectativas de ese mismo público, que no se vio satisfecho hasta la aparición de *Obabakoak* (1988), diez años más tarde. Iñaki Aldekoa, crítico y profesor universitario, ha señalado recientemente que “Bernardo Atxaga, con *Obabakoak*, pasó del público minoritario pero leal de *Ziutateaz* (1976) y *Etiopia* a uno más amplio. Ese público era más tradicional, y educado en la narración clásica del siglo XIX.” Era casi el mismo público que se formó en euskara leyendo los libros de Ramón Saizarbitoria o de Andu Lertxundi y que deseaba, con pasión, algo equiparable, cuando menos, a sus lecturas en otros idiomas. Aunque todavía es pronto para prejuzgar, suponemos que su última novela *Gizona bere bakardadean (Un hombre solo)* (1993), distinta en la temática con respecto a todos sus libros encantará a sus lectores, encandilará a los críticos, al ser una obra redonda, donde Atxaga demuestra el dominio que tiene sobre el entramado narrativo, no dejando nada al albur, atando las piezas de la novela con la precisión casi maníaca de un relojero.

#### 4

Nadie puede negar la influencia de la tradición (en mayor parte oral) en la narrativa culta y moderna vasca. Aunque, a riesgo de alejarnos del tema de esta introducción, hay que señalar que la literatura vasca, al contrario que las vecinas castellana o francesa, no conoce la epopeya, sino la balada, es decir la poesía épica de menor envergadura, más pobre en acontecimientos y personajes y también menos complicada. Posee, a la vez, un rico tesoro en forma de poemas líricos y canciones populares. ¡Vamos, que los vascos no somos pobres de solemnidad!.

Nuestros mejores escritores son los que, a pesar de su formación cultural, llegaron a la literatura desde el conocimiento de la sociedad rural y sus usos y costumbres, encontrándose más cerca de la tradición que la gente nacida en la ciudad. El mundo campestre atraviesa casi todas nuestras obras narrativas. Bernardo Atxaga parte de ese mundo oral y rural y se acerca al otro mundo, al de la escritura, al de la ciudad, verdadero punto de destino. Por esa conjunción entre dos tradiciones tan contrarias y, a su vez, complementarias entre sí, adquiere su obra esa dimensión alegórica, metafórica, universal en suma, que es la seña de identidad de la obra literaria.

Pero no es el único caso. Podemos citar a Andu Lertxundi, en cuya primera novela *Hamaseigarreanean, aidanez (En la decimosexta, por lo visto)*, describe el tétrico ambiente de las apuestas en los pueblos del interior de Guipúzcoa, y que con el tiempo ha acabado escribiendo *Kapitan Fracassa*, novela situada en un lugar no determinado de la geografía europea, pero que nada tiene que ver, como no sea simbólicamente, con el país donde vive.

O a Inazio Mujika Iraola, o a Pako Aristi. Los personajes del libro de cuentos publicado por el primero, titulado *Azukrea belazeetan (Azúcar en la pradera)*, o los de la trilogía publicada por el segundo, *Kcappo, Irene, Krisalida*, son campesinos, o si no lo son viven en la órbita del caserío o de la aldea, lo llevan dentro en la manera de pensar, actuar, vivir, en los ademanes y en el comportamiento. Esto se explica, evidentemente, por la preparación folclórica de nuestra narrativa y, sobre todo, por la sencilla razón de que las zonas donde se conserva y se sigue hablando el vasco son zonas rurales, a pesar de que en las ciudades vaya en aumento el número de hablantes. Tanto Pako Aristi como Inazio Mujika, éste en mayor medida que el anterior, han evolucionado su punto de vista respecto de la literatura y del mundo rural y se han adentrado en aventuras narrativas temáticas bastante más complejas y parecidas a las narrativas europeas o mundiales. Tampoco conviene olvidarse de un escritor como Juan Mari Irigoien que en sus cuatro novelas publicadas hasta ahora, (sabemos que acaba de publicar una quinta novela, pero por no haberla leído la dejaremos de lado): *Oilagorren promesa (La promesa de la becada)*, *Poliedroren hostoak (Las hojas del poliedro)* *Udazkenaren balkoitik (Desde el balcón de otoño)* y *Babilonia*, describe el paso del mundo rural al mundo urbano actual, centrándose y dando especial importancia a las leyendas y a todo el pensamiento mágico guardado por los vascos durante siglos. En su última novela *Consummatum est*, abandona el mundo idílico del País Vasco y buscando nuevos lugares de referencia se introduce en una temática ajena, que no extraña a él, situando a sus personajes en el paisaje aragonés.

*Izuen gordelekuetan barrena (Por los escondrijos del miedo)* (1981), es otra obra, de la que se puede decir que ha marcado profundamente el temperamento de jóvenes poetas vascos, como ha señalado, recientemente, el escritor y ensayista Patziku Perurrena. Responde, todo él, al esquema más arquetípico del viaje. Son muchos los ecos que suenan y resuenan en este poemario: J. Conrad, Kafka, T. S. Eliot, Dylan Thomas, Pessoa, Cavafis, en una especie de homenaje a los poetas que fueron configurando, como si de arcilla se tratara, el talante poético del escritor vasco. Sus relatos "Maggi, indazu kamamila" (Maggi, hazme una manzanilla), "Enperadore eroa" (El emperador loco) y el libro *Narrazioak (Narraciones)* (1983), son muestras de la literatura que a primeros de los ochenta enriqueció enormemente el panorama de las letras vascas. *Atabala eta euria (El timbal y la lluvia)* (1985), su siguiente libro, no logró la resonancia del anterior, debido seguramente a la inclusión de cuentos que mucho tienen que ver con el ciclo antiguo ciclo artúrico. Las semejanzas entre Atxaga y Sarrionandia son inevitables. Ambos son poetas, y ambos han construido un mundo narrativo propio, lleno de resonancias y de ecos de otras literaturas. Las diferencias son inevitables. Bernardo Atxaga parte del mundo oral, cuyos sonidos aún se escuchan en los paisajes rurales, y se acerca al otro mundo, al de la escritura, verdadero punto de destino. Lo que acerca *Obabakoak* a ese mundo oral es esa concepción de la memoria como constante recreación del presente: memoria como invento, memoria como olvido. El mundo de Sarrionandia es eminentemente literario y destaca por la capacidad de evocación de tiempos pretéritos.

Jon Juaristi piensa que la lengua vasca está, por las razones anteriormente citadas y por otras más, está reñida con la modernidad. También hay escritores que han ido afirmando que mientras el euskara no se hable en la gran ciudad, o sea Bilbao, no habrá una novela



moderna en ese idioma. Quienes así se expresan olvidan que un idioma es pertenece a sus hablantes, y que en la medida que estos vayan adecuando su idioma a las exigencias de la vida urbana y moderna, entonces dicho idioma podrá expresar todas las vivencias e inquietudes de dicha vida, sea en novela, poesía, teatro o ensayo filosófico. Los idiomas evolucionan, y el vasco, por necesidad, lo está haciendo apremiado por las circunstancias que le rodean.

## 5

Los escritores vascos no han cejado nunca en la búsqueda de la expresión más acorde con los tiempos modernos, pero en ese camino se han encontrado con la oposición, muchas veces, del integrismo religioso. Fue José Luis Álvarez Enparantza "Txillardegi" el primero en escribir una novela urbana y moderna. Era el año 1957 y el autor estaba influenciado por la corriente del existencialismo francés. La obra se llamaba *Leturiaren egunkari ezkutua* (*El diario secreto de Leturia*), y recibió las críticas de reconocidos elementos clericales. También fueron criticadas, desde el punto de vista moral y ético, las novelas de Ramón Saizarbitoria *Egunero hasten delako* (*Porque comienza todos los días*) y *Ehun metro* (*Cien metros*). Aunque hoy en día críticas parecidas no tienen cabida en nuestra literatura, hubo una época en que no estaba bien vista la apertura europeísta, universalista, existencialista, marxista o simplemente moderna.

## 5

Es frecuente en la literatura vasca que un escritor haga un salto mortal, sin red a veces, desde el trampolín de la poesía al de la narrativa. Koldo Izagirre es uno de estos trapezistas, que se desenvuelve bien en ambos lugares. Creó la revista *Ustela*, donde se dieron cita Bernardo Atxaga y Ramón Saizarbitoria, entre otros. Entre sus obras narrativas destacan *Zergatik bai* (*Porque sí*) (1976), fina crítica de los usos lingüísticos de las generaciones más recientes y *Gauzetan* (*De las cosas*), breves textos, llenos de ternura y fantasía, escritos en prosa poética. De este escritor destaca el crítico y profesor universitario Jon Kortazar lo siguiente: "Su obra esta llena de grandes destellos y grandes intuiciones, utilizando la metáfora como forma de interpretar la realidad".

Entre los escritores desbandados quizá convenga señalar a Andu Lertxundi. Trabajador infatigable, comenzó a publicar a una edad, donde la mayoría de las personas se dedican a otros quehaceres. Su territorio es el de la prosa, y dentro de ella, la ficción novelística, aunque ha publicado varios libros de cuentos entre los que destaca *Aise eman zenidan eskua* (*Me diste la mano con facilidad*) (1980). Conocedor, como pocos, de los entramados que encierra el dominio de una técnica novelística impecable, su evolución ha ido parejo al de su sensibilidad, pasando del realismo más o menos costumbrista, encharcado, como un carro viejo, en los fangales del campo rural vasco, a escribir un libro como *Kapitan Fracassa* (1991), que supone, en nuestra modesta opinión, toda una revolución en la manera de contar, porque lo que interesa de Andu Lertxundi en este libro no es únicamente lo que cuenta, sino la manera en que lo cuenta, el modo que tiene de forzar la prosa, hasta hacerla tan maleable como la madera de un abedul. Dicho libro, incomprendido todavía por muchos, abre una vía en la narrativa vasca, completamente distinta a las anteriores, no exenta de riesgos, por supuesto. Andu Lertxundi crea personajes ambiguos necesariamente que se mueven entre las brumas de una realidad que no alcanzan a entender, en una continua lucha de la que siempre saldrán perdiendo.

## 6

En esta rápida visión de lo que ha dado la literatura vasca en los últimos años, centrándonos como lo estamos haciendo, en la década de los ochenta, conviene traer a colación a los grandes poetas, a los poetas puros, a quienes apenas se les conoce obra narrativa alguna.

Estoy seguro de que Aresti es el más conocido de todos ellos. Forma junto con Mirande, en algunos momentos Krutwig, antes de que este último iniciara una etapa de concienciación política, la vanguardia en la renovación de la poesía vasca de los años 50 y 60. Anteriormente a ellos, existían poetas, por supuesto, nombres importantes que conviene citar, no vaya a ser que se ahoguen en un río de olvido: Salvatore Mitxelena, que nos dejó un interesante opúsculo sobre Miguel de Unamuno; Nemesio Etxaniz, un hombre de carácter fuerte, tremendamente contradictorio, pues siendo sacerdote y bastante ortodoxo en su seguimiento de la línea vaticana, llegó a publicar una serie de poemas de amor, e incluso eróticos, que a más de uno hubieron de escandalizar. Como en todas partes la aparente ruptura no es tal, sino un paulatino desarrollo de las cosas que llegan, en algún momento a no dar más de sí, a su cumbre. Estos poetas, no tan pequeños como algunos en su ignorancia se atreven a juzgar, partían de presupuestos estéticos que no diferían demasiado de los de la generación anterior, esto es, eran en sustancia, aun con variables, seguidores de la línea estética impuesta en las letras vascas por Orixe, Lizardi o Lauaxeta, menos éste que los anteriores, por evidentes razones lingüísticas.

Aresti escribió mucho y, les pasa a los que escribe mucho, sólo una parte de su obra es conocida. Al igual que sucede con Celaya, el público, ese ente de gustos tan cambiantes como imprescindibles, sigue prefiriendo sus poemas sociales. En el caso de Aresti, los publicados, especialmente, en el libro *Harri eta Herri (Piedra y Pueblo)*, donde se encuentra ese monumento a la cultura popular vasca llamado "Defenderé la casa de mi padre".

Se trata de Juan Mari Lekuona y de Xabier Lete. Ambos son profundos conocedores del cancionero y de las formas estróficas clásicas vasca. Uno como otro se han alejado, deliberadamente, de ese mundo, adentrándose en otro bastante más complejo, matizado y personal. Han subrayado la experiencia estético y religiosa del vasco, (experiencia que asume formas colectivas en Juan Mari Lekuona, individuales y personales en Xabier Lete).

Con *Mimodramak eta Ikonoak (Mimodramas e iconos)* (1991), da un giro a su obra poética. El libro dividido en dos secciones, supone una especie de *itinerario mentis*, un recorrido por las manifestaciones estéticas y culturales del pueblo vasco, un homenaje a las figuras de Oteiza y de Barandiarán. Significa la vindicación de todo el repertorio, por lo antiguo del mismo, no recogido por la literatura oral.

El sentimiento que mejor define la última obra de Xabier Lete es el de Piedad, en el sentido más literal del término, el amor a Dios, la búsqueda en Él de un referente necesario y justificador de las propias acciones. Sus poemas son salmos, donde un hombre atormentado por su pasado vuelve los ojos a la divinidad. El sentido religioso en la poesía vasca no es gratuito. En un mundo cerrado como el vasco no hay demasiadas alternativas. O se levanta la vista hacia el cielo o, si no, nos vemos obligados a dirigirlo a nuestro interior.

Así son, en definitiva, los escritores vascos. Han evolucionado, han marchado de la nada a la esperanza. Han madurado, se han hecho más fuertes, más sabios.